

RESEÑAS

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, *Sainetes*. Edición y notas de Francisco Monterde.—México, Editora Intercontinental, 1945. xii, 40 pp.

En una fecha que Francisco Monterde supone haya sido alrededor de 1684, y durante un festejo celebrado en honor de doña María Luisa Gonzaga, consorte del virrey en turno de la Nueva España, tuvo lugar la primera representación de la comedia en tres jornadas *Los empeños de una casa*, original de Sor Juana Inés de la Cruz. (Surge aquí, de inmediato, una duda que los investigadores no aclaran: los autores que, como nuestra monja, se hallaban reclusos en convento, ¿tendrían prohibido asistir al estreno profano y nocturno de sus piezas y, por consiguiente, se verían privados de disfrutar las emociones —ásperas o placenteras— del autor novel? Que lo averigüe Ermilo Abreu Gómez, sorjuanista intrépido.) Para cubrir los intermedios de la obra, la misma Sor Juana escribió los dos sainetes que ahora, en edición que brilla de limpieza, Monterde saca al aire del siglo xx.

El primero de ellos muestra evidentes resabios cortesanos. Ante el Alcalde —la sola voz humana que allí suena—, unos entes metafísicos como el Amor, el Obsequio, la Fineza, la Esperanza y el Respeto salen a la mitad del foro para enzarzarse en razonamientos sutiles a fin de disputar, en gentil competencia, un galardón nada común: el desprecio. Esto suena a masoquismo, pero viendo el encarnizamiento retórico que todos aportan a la contienda se adquiere la convicción de que los participantes no se detuvieron a considerarlo así.

En el segundo sainete ya circulan aires de vida y el idioma es conducido por la voluntad de Sor Juana a las orillas de un humorismo siempre mesurado y de buen gusto. Hay en él otra circunstancia inusitada hacia

la que Monterde, oportunamente, convoca la atención de los lectores. De idéntico modo que Torres Naharro con su *Comedia Himenea* de 1517 se adelanta a la predilección moderna por armar toda la intriga de una novela o pieza teatral en el espacio de veinticuatro horas, nuestra Sor Juana, en el sainete que reseñamos, le lleva a Pirandello una ventaja de dos siglos en recurrir a uno de los efectos desconcertantes que le eran tan caros al dramaturgo italiano. Con sonriente espíritu de juego, la autora atribuye tanto *Los empeños de una casa* como los sainetes a un supuesto autor a quien se silba desde el escenario, procurando dar la impresión de que la repulsa proviene de los espectadores. Monterde conjetura, con buen sentido, que en el Acevedo tan pertinazmente abucheado en la obra bien puede identificarse al bachiller Francisco de ese apellido —¡salud tengas en tu cielo, remoto homónimo hasta en aquello de los “disparates”!—, que en octubre del año de 1684 estrenó con mala fortuna la comedia *El pregonero de Dios y patriarca de los pobres*. No deja de subrayarse, también, la expresión usada por Sor Juana: “Gachupines parecen — recién venidos”, para calificar el estruendo escandaloso que movían los apócrifos silbadores de la pieza.

La depuración crítica de estos *Sainetes*, esclareciendo las alusiones de la autora al ámbito y gentes de su tiempo, así como el gesto de sacarlos a paseo desde el fondo de su vetusto encierro —el primero sólo figuró en ediciones tan antiguas como la catalana de 1693—, son menesteres que caen dentro de la esfera de la más íntima pasión —apenas soterrada, pero siempre latente— de Francisco Monterde. Allí están, para atestiguar la importancia de una rama tan decisiva en su ya dilatado ejercicio literario, su producción personal de dramaturgo; la monumental *Bibliografía del Teatro en México*, clave de suma eficacia para investigadores y curiosos; los variados ensayos de índole analítica y biográfica sobre obras y autores del género; y, finalmente, su tarea cotidiana —vigilante, rigurosa hasta donde lo permite el medio— como crítico teatral del diario *El Universal*.

Debe agradecerse a Monterde la ayuda que, a través del presente volumen, brinda a futuros artesanos de la exegética literaria mexicana. Merced a contribuciones aisladas como ésta, los campos que posteriormente deban acotar los críticos han de mostrarse más dóciles al arado implacable.